
Revista Peruana del
**Pensamiento
Marxista**

Año I • N° 1 • 2013
Lima - Perú

Comité editorial

Gastón Diego Arrué
Eduardo Cordero
Larry Delao
Nelson Pimentel
Mabel Sarco
Pablo Sencía

Ediciones de la Letra Escarlata
Noviembre del 2013
Correo electrónico: repemarx@gmail.com

Imagen de la portada:
"La construcción del Perú" - Teodoro Núñez Ureta
Mural del Exministerio de Hacienda

Morelos revolucionario, Bolívar reformista

José F.W. Lora Cam

I. Proyectos antagónicos

La diferencia radical entre el proyecto de Morelos y el de Bolívar reside en que el primero es un plan revolucionario y el del segundo es un diseño reformista.

Morelos, continuando el proceso encabezado por el revolucionario Hidalgo, representa los intereses de las masas mexicanas, refleja las aspiraciones y necesidades de las masas explotadas (Silva Herzog, J. *De la Historia de México*, pp. 15-23).

El análisis global de los postulados revolucionarios de Morelos se puede comprobar en la diversidad de documentos (1810-1815) y en el contenido y forma de las propuestas formuladas en torno a dispares y complejos asuntos (tributo, esclavitud, cajas de comunidades, deudas, soberanía, tortura, etc.).

El cura revolucionario michoacano a través de sus acciones concretas, objetivas, tangibles demuestra que su ser y pensar actuaban en función de las mayorías oprimidas. En diversos documentos mantiene una línea general revolucionaria, v.gr. el 17 de noviembre de 1810 en el Aguacatillo; el 29 de enero de 1813 en Oaxaca; y el 14 de setiembre de 1813 en Chilpancingo ("Sentimientos de la Nación").

En el primer documento sostiene que "a excepción de los europeos, todos los demás habitantes no se nombrarán en calidad de indios, mulatos ni otras castas, sino todos generalmente americanos. Nadie pagará tributo, ni habrá esclavos en lo sucesivo, y todos los que tengan serán castigados. No hay cajas de comunidad y los indios

percibirán los reales de sus tierras como suyas propias..." (Herrejón C., *Morelos, Antología Documental*, p. 65).

En el segundo 29-I-1813 reitera casi la mayoría de postulados políticos, afirmando: "Que ningún europeo quede gobernando en el reino".

"Que se quiten todas las pensiones, dejando sólo los tabacos y alcabalas para sostener la guerra y los diezmos y derechos parroquiales para sustención del clero.

"Que quede abolida la hermosísima jerigonza de calidades indio, mulato o mestizo, tente en el aire, etc., y solo se distinga lo regional, nombrándolos todos generalmente americanos..."

"Que, a consecuencia, nadie pagase tributo, como uno de los predicados en santa libertad.

"Que los naturales de los pueblos sean dueños de sus tierras (y) rentas, sin el fraude de entrada en las cajas..."

"Que estos puedan comerciar lo mismo que los demás, y que por esta igualdad y rebaja de pensiones, entren como los demás a la contribución de alcabalas..."

"A Consecuencia de ser libre toda la América, no debe haber esclavos, y los amos que los tengan los deben dar por libres sin exigirles dinero por su libertad; y ninguno en adelante podrá venderse por esclavo, ni persona alguna podrá hacer esta compra, so pena de ser castigados severamente. Y de esta igualdad en calidades y libertades es consiguiente el problema divino y natural, y es que solo la virtud han de distinguir al hombre y lo han de hacer útil a la Iglesia y al Estado.

"No se consentirá el vicio en esta América Septentrional..."

"Se manda a todos y cada uno, guarden la seguridad de su persona y las de sus prójimos, prohibiendo los desafíos, provocaciones y pependencias, encargándoles se vean todos como hermanos, para que puedan andar por las calles y caminos, seguros de sus personas y bienes.

"Se prohíbe todo juego recio que pase de diversión y los instrumentos con que se juegue, con las barajas, cuya fábrica se quita beneficio de la sociedad; y también se quitan a beneficio del público y las artes, los estancos de pólvora y colores, para que todos puedan catear y trabajar sus vetas, con solo la condición de vender a la nación durante la guerra el salitre, azufre o pólvora que labraren, debiendo los coheteros en este tiempo solicitar sus vetas para trabajar, denunciándolas antes para concederles la licencia gratis con el fin de evitar exceso..." (Ibid., pp. 109-111).

En el tercer documento – 14-IX-1813 – entre los "Sentimientos de la Nación" más trascendentes, postula –reiterando los principios señalados en los anteriores– principios revolucionarios.

"5. Que la soberanía dimana inmediatamente del pueblo, el que solo quiere depositarla en el Supremo Congreso Nacional Americano, compuesto de representante de las provincias en igualdad de números..."

"12. Que como la buena ley es superior a todo hombre, las que dicte nuestro congreso deben ser tales, que obliguen a constancia y patriotismo, moderen la opulencia y la indigencia, y de tal suerte se argumente el jornal del pobre, que mejore sus costumbres, alejando la ignorancia, la rapiña y el hurto.

"15. Que la esclavitud se proscriba para siempre y lo mismo la distinción de castas, quedando todos iguales, y solo distinguirá un americano de otro el vicio y la virtud.

"17. Que a cada uno se le guarden sus propiedades y respete en su casa como en un asilo sagrado, señalando penas a los infractores.

"18. Que no se admita la tortura..."

"22. Que se quite la infinidad de tributos, pechos e imposiciones que nos agobian..." (Ibid., pp. 133-135).

La conclusión preliminar que se puede inferir de los postulados políticos del cura revolucionario es que su discurso está impregnado por todos sus poros –de la cabeza a los pies– de un humanismo revolucionario, en que la justicia, la igualdad, la fraternidad, la solidaridad, etc. son los prerequisites de una sociedad más humana o realmente humana.

Los planteamientos políticos estructurados por el venezolano Simón Bolívar no obedecen a una moral social sino a una individual. Su teoría y su práctica no reflejan los intereses de las masas explotadas del Virreinato de Nueva Granada.

Las formulaciones políticas bolivarianas están saturadas del individualismo más extremadamente clasista, reflejan y traducen los intereses de las clases terrateniente comerciante a la que pertenecía. Todos sus actos están saturados de un carácter clasista. No existe en el caraqueño un real, un verdadero interés social.

El modelo de Bolívar se sustenta en tres paradigmas: el poder, la gloria y el sexo. Para alcanzar estas metas qué mejor argumento y pretexto que la guerra de la independencia de América.

El problema de la exégesis de Bolívar reside en que es un mito tan bien manipulado e institucionalizado por las burguesías del área andina que cualquier análisis científico es a priori descalificado.

El mito bolivariano es una necesidad –un imperativo categórico– en unos casos, para pueblos sin historias trascendentes, v.gr. Venezuela, Colombia; y para otros, porque Bolívar fabricó Ecuador y Bolivia, es su padre putativo.

Bolívar a diferencia de Morelos –o de Artigas– conceptuó que los hombres –y especialmente las mujeres– y los pueblos solo eran títeres en el contexto de sus paradigmas: poder, gloria y sexo. Los seres humanos son solo cosas, objetos, mercancías que se compran y se venden. Todo tiene un precio, todo tiene un valor de uso y un valor de cambio.

La multipersonalidad del genio bolivariano entendía que los seres humanos son solo marionetas para su escenario histórico napoleónico.

Bolívar era profundamente aristocrático, monárquico disfrazado de republicano por las circunstancias que lo rodeaban. Si Napoleón fue el aborto de la Gran Revolución Francesa, Bolívar es solo el mal parto de las guerras de independencia nacional.

De acuerdo con un eminente especialista en los procesos de la independencia nacional latinoamericana, Bolívar le dijo al Cónsul británico en Lima "que su corazón siempre late en favor de la libertad, pero que su cabeza se inclina hacia la aristocracia (...) si los principios de libertad son impuestos con demasiada rapidez, la anarquía y la destrucción de los blancos serían las consecuencias inevitables" (Lynch, J. *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*, p. 280). Este era el Bolívar real.

II. Del oportunismo a la ética revolucionaria

Bolívar comprendió desde un principio el adagio: lo que importa son los fines no los medios; para lo cual formuló un modelo, un paradigma de ejército mercenario, que en la praxis es todo ejército que reposa en un carácter clasista.

El Libertador institucionalizó la corrupción como un sistema de prebendas, de botín, de sinecuras, de canonjías, etc. que se denominaron "Bienes Nacionales", que en su origen eran las propiedades de criollos o de peninsulares abandonadas, luego secuestradas y confiscadas.

La camarilla de generalotes –fabricada a gusto y capricho de Bolívar– ya en el transcurso de la guerra de "independencia" devino en una élite privilegiada que no sólo detentaba el poder militar –armado– sino también el poder económico. La mayoría de lugartenientes del venezolano se transfiguraron en los más grandes terratenientes de Venezuela, Colombia, Ecua-

dor, de la Gran Colombia (Lynch, J., op. cit., pp. 210, 214, 216, 217, 218, 246, 253). La independencia fue el negocio de sus vidas.

La cronología de los principales hechos referentes al mercenarismo "independentista" se inician el 3 de setiembre de 1817 (documento 1263) en relación a la confiscación de todas las propiedades de españoles y de americanos realistas que emigraron; luego Bolívar dicta el 29 de setiembre de 1817 las reglas para la distribución de presas (documento 1279); a continuación el Libertador el 10 de octubre de 1817 denomina las propiedades confiscadas "Bienes Nacionales" para recompensar a sus áulicos (documento 1298) fijando los montos que van desde los 500 pesos que le corresponde a un soldado hasta los 25 000 pesos al General en Jefe. Una "ligerísima" diferencia.

El 10 de noviembre de 1817 vuelve sobre las Propiedades Nacionales (documento 1329), y el 3 de diciembre de 1817 recomienda a la Comisión de Repartición de Bienes Nacionales al General de División Manuel Cedeño para que le adjudiquen cien yeguas, ganado vacuno de cría y hacienda en la sabana del Palmar (documento 1344). El Congreso de Venezuela en Angostura legisla el 16 de junio de 1819 sobre secuestros y confiscaciones (documento 1517) (Blanco, J.F., Azpurúa, R. *Documentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador, Tomo VI*, pp. 24, 25, 43, 79, 80, 151, 178, 684, 685).

Posteriormente el Congreso de Venezuela en Angostura el 21 de enero de 1820 dicta –ratifica a Bolívar– la Ley sobre Reparticiones de Bienes Nacionales (documento 1621). Luego el 31 de julio de 1820 el Congreso de Guayana da un decreto sobre la Repartición de Bienes Nacionales (documento 1691). (*Ibid.*, Tomo VII, pp. 162, 163, 319, 320).

El 16 de octubre de 1821 el Congreso de Colombia promulga la Ley sobre confiscación de los bienes pertenecientes al gobierno enemigo y a los que huyen del republicanismo (documento 1943).

Antes, el 16 de setiembre de 1819 Bolívar le repartió a F. de P. Santander una casa y una

hacienda (Hato Grande) (documento 1966). Y entre el 8 de noviembre de 1821 y el 22 de junio de 1822 se repartieron las Haciendas "Yaguaparo" para el General Arismendi, "La Trinidad" para el General Páez, su casa al General Nariño, hacienda para el General Mariño, propiedades para el General Bermúdez, sueldos –para el mantenimiento del juego vicioso– a los Generales Arismendi, Soubllette y Urdaneta (documento 2050). Tremenda ironía frente a Morelos en lo general –el mercenarismo– y en lo particular –el vicio del juego.

El 21 de marzo de 1822 Santander prosigue el reparto de bienes nacionales para el ejército de Apure en la provincia de Barinas (documento 2005). Y este mismo General manda recoger el 27 de agosto de 1822 los vales emitidos por la Comisión de Repartimiento de Bienes Nacionales de 1819 en Guayana (documento 2097).

El 13 de enero de 1823 el Libertador prosigue la confiscación de Bienes Nacionales en el Cantón de los Pastos con el argumento de ser insurrectos, la "castiga severa y ejemplarmente" (documento 2141). Y complementó el Libertador el Reparto de Bienes Nacionales designando al General Salom, como Presidente de la Comisión (documentos 2142, 2143) el 13 de enero de 1823 (*Ibid.*, Tomo VIII, pp. 195, 196, 240, 241, 333, 334, 432-435, 515, 516, 592, 593, 594, 595).

Y Bolívar recuerda a uno de sus más fieles instrumentos, a A.J. de Sucre, premiándole con la Hacienda La Huaca, el 8 de marzo de 1825, en la República del Perú, valle de Chancay, Lima (documento 2534) (*Ibid.*, Tomo IX, pp. 609, 610).

El reparto de Bienes Nacionales es sólo una caricatura del mercenarismo institucionalizado por el Libertador en la medida de que para mantener el clientelaje de sus "fieles" lugartenientes no tuvo el menor escrúpulo en contraer un empréstito a nombre y apellido de la República del Perú, que formó parte de su Deuda Interna para satisfacer la voracidad del Libertador y de su gavilla de depredadores, el Perú les otorgó como Premio DOS MILLONES DE PESOS (Basadre, J. *Historia de la República del Perú*, Tomo I, pp. 89, 146).

El patriotismo de Bolívar y de sus generales terratenientes se reducía ya no sólo a secuestrar los bienes particulares sino que era práctica usual secuestrar los presupuestos nacionales como el peruano o el grancolombiano. El Libertador dejó expresa constancia el 20 de febrero de 1827 de haber dispuesto de dos millones de pesos peruanos (*Ibid.*, p. 89).

El sistema de corrupción –a través de los Bienes Nacionales– llegó a tales niveles extremos que hubo generales sumamente famosos por su opulencia y fastuosidad republicana: Santander, Páez, Flores, Urdaneta, Soubllette, Brion, Zea, Heres, etc.

El modelo de mercenarismo institucionalizado por Bolívar generó una atmósfera de total descomposición, en que la camarilla de generalotes procreados por el Libertador sólo podía ostentar y exhibir no un currículum de patriotas honestos y honrados sino un frondoso prontuario de delincuentes, en que su divisa y lema era conjugar el verbo robar en todos sus modos y tiempos. Probablemente ningún generalote bolivariano puede ser sindicado como un hombre decente.

Un reputado historiógrafo –aprobado por los "eruditos" bolivarianos– nos revela ese ambiente de putrefacción moral.

"La administración financiera del joven Estado era notoriamente débil e insuficiente; el contrabando, las distracciones de fondos y el fraude eran cosa de todos los días... Los préstamos obtenidos de naciones extranjeras se dilapidaban" (Masur, G. *Simón Bolívar*, p. 100).

"El derroche de los préstamos extranjeros se achacó a Santander" (*Ibid.*, pp. 506, 513).

"Con sus amigos, Bolívar se manifestaba con menos recato y criticó severamente a Santander por su codicia y poca honradez" (*Ibid.*, pp. 514, 525).

Salvador de Madariaga –prejuiciosa y malintencionadamente criticado por su origen, en su modelo y paradigma de investigación, al que

ningún mediocre bolivariano alcanza— nos ofrece un retrato de algunas travesuras de estos generalotes lumpen, modelos paradigmáticos en toda la historia de América Latina Republicana, emulados por otros generalotes y civilotes durante diecisiete décadas.

"El general Urdaneta" tenía un largo prontuario delictivo: en 1819 "con aquella codicia que caracterizaba toda su conducta" se adueña de los ingresos por concepto de presas navales, para gastar "en la desafortada satisfacción de necesidades personales" o malgastar en el hobby eterno, en el juego, matando de hambre a los mercenarios ingleses, quienes se amotinaron. Además, falsificaba documentos para cobrar miles de pesos, usufructuaba —gracias al servilismo hacia Bolívar— de las "rentas" en el valle del río Mera, propiedad que había pertenecido a los jesuitas y disponía todavía en 1829 de 30 a 40 mil cabezas de ganado vacuno y hasta de 5000 caballos. Y actuaba, por 1830, como gendarme de los terratenientes junto a la famosísima Manuelita Sáenz, quien también era dueña de grandes propiedades ajenas (Madariaga, S. de. *Bolívar, Tomo II*, pp. 44, 105, 488-508).

El Almirante Brion en 1820 se dedicaba entre otras cosas a traficar con el palo de Nicaragua previa confiscación (Ibid., pp. 76, 77). "Y para el ejército no había un real de sueldo".

El General Páez fue el inventor del sistema de confiscaciones de Bienes Nacionales, sistema institucionalizado después por el Libertador; y fue quien organizó el monopolio de la carne (Ibid., pp. 127, 473).

El General Heres era un consumado malversador junto al irlandés confidente, confesor, hombre de confianza, etc. de Bolívar, O'Leary (Ibid., p. 267). Este irlandés recibió en Chile la suma de 319 429 pesos y 5 reales del Perú (Basadre, J., op. cit., p. 236). El Dr. Peña era un experto expropiador, se apropió de 500 000 pesos del empréstito que le confiaron en Bogotá en 1823 (Madariaga, S. de, op. cit., p. 342).

Madariaga nos relata que los generales independentistas traficaban con el negocio de la carne

—para sus tropas lógicamente— (Ibid., p. 210); y que el propio Libertador —que aparentaba una honestidad a prueba de balas— también era usufructuario del Poder y de la Gloria, amén del sexo—. Según Vidaurre, los gastos personales del Dictador durante los cuatro años que gobernó al Perú subieron a 300 000 pesos, sin contar las joyas y objetos de arte que se le regalaron, que aumentaría la suma en 200 000. Afirmo Riva Agüero, alegando documentos del Estado peruano, que se pagaron 8000 pesos en agua de colonia para Bolívar, que el Tesoro del Consulado de Lima abonaba a Manuela Sáenz 2 000 pesos al mes... y que el Jefe de Policía de Lima, Cayetano Freire, tenía órdenes de poner a su disposición todo lo que pidiera para joyas, muebles y gastos menores (Ibid., p. 320).

Estos pequeñísimos ejemplos demuestran cual era la ética oportunista de Bolívar. Si contrastamos esta ética de mercenarios con la ética revolucionaria del cura Morelos podemos formarnos un mejor juicio —no de intelectuales malinchistas bolivarianos sin ser morelianos— del "primero y más grande de los mexicanos" (Gortari, E. de, *Reflexiones Históricas y Filosóficas de México*, p. 43).

Morelos el 30 de setiembre de 1812 desde Tehuacán da la orden a Valerio Trujano que REPRIMA la rapiña: "En esta atención procederá usted contra el que se deslizare en perjudicar al prójimo, especialmente en materia de robo o saqueo; y sea quien fuera, aunque resulte ser mi padre, lo mandará usted en capillar y disponer con los sacramentos, despachándolo arcabuceado dentro de tres horas, si el robo pasare de un peso, y si no llegare al valor de un peso, me lo remitirá para despacharlo a presidio; y si resultasen muchos los contraventores, los diezmará usted, remitiéndome los novenos en cuerda para el mismo fin de presidio" (Herrejón, C., op. cit., pp. 83, 84).

Y en un documento sumamente controvertido —por su origen— que establece una vez más la contradicción absoluta con el Libertador, Morelos postula: "la primera diligencia que sin temor de resultas deben practicar los generales o comandantes de divisiones de América, luego que ocupen

alguna población grande o pequeña, es informarse de la clase de ricos, nobles y empleados que haya en ella, para despojarlos en el momento de todo el dinero y bienes raíces o muebles que tengan, repartiendo la mitad de su producto entre los vecinos pobres de la misma población, para captarse la voluntad del mayor número, reservando la otra mitad para fondos de la caja militar" (Alamán, L. *Historia de México... Apéndice*, Documento número 19, p. 69, Tomo III).

La contrastación de la ética oportunista de Bolívar con la ética revolucionaria de Morelos demuestra hasta la saciedad y el cansancio, que Bolívar es un mito inventado por las burguesías del área andina y difundido por los malinchistas bolivarianos y antimorelianos.

Cabe recordar que el general argentino –monárquico– José de San Martín también acostumbraba –en el Perú– al REPARTO de prebendas a sus lugartenientes, v.gr. "el 19 de diciembre de 1821 repartió propiedades valoradas en quinientos mil dólares a veinte generales y oficiales" (Lynch, J. op. cit., p. 178).

III. Del homicidio selectivo al genocidio masivo

Bolívar presenta un fárrago enmarañado de sentimientos encontrados que van desde un odio morbosos y genocida contra los españoles –(quizás en alguna medida generado porque a su riquísima familia se le negó un título nobiliario por no poder establecer la "probanza de sangre", no poder demostrar ser "blanco" puro, no contaminado, por las travesuras sexuales familiares con esclavos negros, que era un deporte universal en las colonias españolas)– hasta el desprecio, el odio, la repulsión, la aversión a las razas oprimidas de negros, indios, mulatos, etc., (por verse retratado en el espejo de ser un bastardo mulato) (Lynch, J., op. cit., pp. 195, 196, 220).

Bolívar quedó horrorizado por "la revolución de los negros, libres y esclavos" en 1811; "La amenaza de la pardocracia asustaba a Bolívar" (Bolívar a Santander, 7 de abril de 1825) (Ibid.).

Y complementariamente sentía un amor, una pasión irresistible e irrefrenable por los europeos, especialmente anglosajones, que constituyeron su garde d'corps, su guardia pretoriana de soplones, confidentes, confesores, asesores y de vez en cuando los que hacían los trabajos de ejecuciones selectivas, etc., v.gr. el renombrado O'Leary, entre más de dos docenas de mercenarios europeos, que configuraban ridículamente su farsa de corte aristocrática de favoritos, de factura napoleónica.

Esta plurivalencia de sentimientos de la multi-personalidad de Bolívar (hay no un solo Bolívar sino múltiples, para todos los gustos, sabores y colores de los "eruditos" bolivarianos) se reflejaron a lo largo de su apasionada existencia en una personalidad enfermiza que se configura en un ser sin ningún tipo de escrúpulos, que practicó en dos décadas desde el homicidio individual directo hasta el genocidio de españoles, a través de sus perros de presa.

El currículum homicida del Libertador se desarrolló a lo largo de veinte años, entre 1810 y 1830. Inició su perversión revolucionaria –la revolución siempre fue el pretexto– con la felonía y cobardía de entregar a su "Maestro" y amigo Francisco de Miranda, a los españoles, el 30 de julio de 1812. Lo entregó a una muerte segura; Miranda murió preso en 1816 (Masur, G., op. cit., pp. 124, 125; Madariaga, S. de, op. cit., Tomo I, 351-364). Dice Madariaga que el Libertador "preso en un torbellino de fuerzas diabólicas, cayó al fondo del abismo de la infamia" (Ibid., p. 364). Y comenta Masur que Miranda "Durante toda su vida había sido un filibustero, para quien nada importaba tanto como su propia persona" (Masur, G., op. cit., p. 125).

La siguiente víctima de la insania del Libertador fue el General Piar, uno de los más brillantes generales saqueadores (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo I, pp. 459, 462).

El 16 de octubre de 1817, Angostura fue el escenario del "odio racial, del ansia de poder e incluso de envidia frente a un posible rival" Masur dice que la única acusación plausible es

que Piar "fue culpable de rebelión". Pero líneas abajo el bolivariano Masur cita al propio responsable, quien en 1828 sentenciaba cínicamente "... la muerte del general Piar, fue entonces de necesidad política y salvadora del país... desconcertó y aterró a todos los rebeldes... puso a todos bajo mi obediencia, aseguró mi autoridad, evitó la guerra civil y la esclavitud del país... nunca ha habido una muerte más útil, más política y por otra parte más merecida" (Masur, G., op. cit., p. 260). Es Jehová juez. Oficialmente Piar fue acusado de los delitos de: inobediencia, sedición, conspiración y desertión. El único delito de Piar fue ser un general mulato posible líder de los esclavos (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo I, p. 591).

Informan J.F. Blanco y R. Azpurúa que el expediente sobre el homicidio público racial de Piar ha desaparecido de los Archivos públicos o "por extravío accidental o por extracción premeditada" (Blanco, J.F., Azpurúa, R., op. cit., Tomo XV, p. 521).

La tercera víctima famosa fue la del más grande liberal peruano, su propio Ministro: Faustino Sánchez Carrión, quien fue envenenado por Heres, uno de los generalotes lumpen más serviles que hacía los trabajos sucios por encargo del Jefe Supremo, el 12 de junio de 1825 "consiguí envenenar a Sánchez Carrión" (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo III, p. 287).

Bolívar así como odiaba patológicamente a los españoles, sentía esa multivalencia por el Perú y por los peruanos, y en especial veía en la "aristocracia peruana" a godos puros –y no impuros como él–; y en ese contexto los dos primeros Presidentes del Perú: Riva Agüero y Torre Tagle, cayeron en la trampa urdida por Bolívar, de enviarlos a establecer relaciones con los españoles, para luego acusarlos de traidores. Era todo un Maestro en el arte de la intriga, de la felonía y el mayor espectáculo de la historia mundial del histrionismo: un artista consumado que tan pronto lloraba como reía. Nadie lo hubiera ganado en un concurso de "taranovelas"; hubiese sido el bufón perfecto para "teleidiotas" (Masur, G., op. Cit., pp. 248, 315, 331, 337, 339, 340, 346, 354, 357, 358, 365, 366, 367, 373, 374,

404, 406, 420, 421, 427, 435, 436, 438, 452, 461, 462, 469, 473, 477, 480, 493, 494, 507, 511, 512, 520, 524, 533, 541, 551, 563, 577). He ahí algunas perlas: "De lo sublime a lo ridículo..." (p. 331); "En una carta felicitaba a Fernando (VII, rey de España, p. 357)"; "la historia dirá de mí, cosas magníficas" (p. 367); la Constitución para Bolivia "es un mojón en la ruta que conduce a la decadencia mental de Bolívar" (p. 469); "El pueblo me adorará y yo seré la arca de su alianza" (p. 480); "Aquí no hay más autoridad ni más poder que el mío, yo soy como el Sol entre todos mis tenientes, que si brillan es por la luz que yo les presto" (p. 512) (Madariaga, S. de, op. Cit. Tomo I, 416, 440, 441, 449, 494, 540, 545, 549, 552, 553 Tomo II, 118, 125, 153, 158, 177, 186, 196, 219, 222, 232, 247, 248, 250, 263, 269, 277, 286, 288, 289, 293, 300, 319, 369, 371, 372, 374, 389, 390, 477, 431, 486). He aquí otras perlas: "la larga serie de gestos dramáticos de renuncia y de dimisión que domina el diseño de su vida pública" (p. 416); "En todo momento de su carrera puso B. al servicio de la causa una imaginación fértil en expedientes para atraerse a la multitud con escenas dramáticas" (p. 449) Citas del Tomo I. Del Tomo II son: "se confiaba a gentes la labor de celebrar sus proezas y hazañas en numerosos sonetos, que se cantaban a cada hora por otras personas en todo Caracas. Se montaban diversiones alegóricas, representando a Bolívar como al dios de la guerra, y sus propios amigos preparaban mensajes de felicitación" (p. 125). Al Libertador no se le escapaba nada, seguía el viejo precepto romano: pan y circo, sólo que él se agregaba a la comparsa como Jehová Bolívar. En 1824 en carta a Santander precisa algo soterrado "además, me suelen dar, de cuando en cuando, unos ataques de demencia" (p. 247); "sube sobre una silla y después sobre la mesa, y a pasos largos la atraviesa de un extremo al otro, pisando platos, rompiendo copas y tumbando botellas... Esta escena se representa repetidas veces en la vida de Bolívar" (p. 371). Este es el ser humano llamado Bolívar, el otro –de los bolivarianos– es historia para retardados mentales.

El odio de Bolívar al Perú está registrado en numerosas cartas –sólo hay que saber leer– v.gr. a Mosquera (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo II,

p. 232). Sabiendo sus reales sentimientos los expresidentes peruanos Riva Agüero y Torre Tagle –involucrados siniestra y aviesamente en el delito de traición por Bolívar– se escaparon de milagro de su obsesión homicida; no así el anciano José Terón y Juan Félix de Berindoaga –vizconde de San Donás– ejecutados el 15 de abril de 1826. Y se atribuyó al Libertador la responsabilidad de esa crueldad "por el odio contra los peruanos y a la maldad del ministro Heres" (Basadre, J., op. cit., Tomo I, pp. 121, 122). La batalla final contra los españoles fue el 9 de diciembre de 1824, en Ayacucho. Dieciséis meses después el Libertador los ejecutó. Antes el teniente Manuel Aristizábal del batallón Callao fue fusilado el 7 de agosto de 1825 por conspirador antibolivariano.

Bolívar cosechó lo que sembró: cosechó mercenarios del sembrío de rufianes políticos que hizo. Y en esa atmósfera de corrupción –hablamos de rufianes en sentido estricto para los más fanáticos probolivarianos– era costumbre muy arraigada "entregar" a las hermanas, mujeres, hijas, madres, etc., para poder devenir de desconocidos aventureros –de un día para otro– en generales o coroneles, v.gr. Soublotte y sus hermanas, Valdés, su mujer e hijas, etc. incluyendo a la "Mariscalá", mujer del general peruano Agustín Gamarra. La lista es interminable, innombrable pero sí negociable (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo I, pp. 532, 534, 538, 539).

En este contexto de descomposición, los retoños instruidos bajo los paradigmas bolivarianos de poder, gloria y sexo, se atrevieron a insubordinarse y fueron –lógicamente, con la lógica homicida bolivariana– fusilados, v.gr. el almirante Padilla –mulato– el 2 de octubre de 1828 y le siguieron otros fusilamientos (Masur, G., op. cit., p. 541) (Lynch, J., op. cit., p. 258). Luego le tocó el turno al generalote Córdoba, quien el 17 de octubre de 1829, ya herido fue asesinado a sangre fría por el legionario irlandés O'Leary (Masur, G., op. cit., p. 550).

Estos ejemplos de homicidios selectivos: Miranda, Piar, Sánchez Carrión, Terón, Berindoaga, Aristizábal, Padilla, Córdoba, se constituyen en un pálido reflejo del genocidio masivo de

españoles, que los bolivarianos convirtieron en un paradigma a imitar, la famosa "Guerra a muerte" que, dicho sea de paso, fue iniciada por los españoles.

Al interior de la personalidad desquiciada de Bolívar, la sangre era su elemento. Tuvo tantas derrotas –porque como militar era una nulidad, todo el trabajo guerrero fue hechura de sus generalotes– que para compensar sus fracasos como "Su Excelencia", "Jefe Supremo", "Libertador", tuvo que paranoicamente efectuar progroms, razzias, para satisfacer sus apetitos de gloria, poder y sexo; creando un terrorismo –precursor de Hitler, Mussolini, Franco y todos los tiranos y dictadores vendepatrias latinoamericanos– demencial para poder ejercer su dictadura.

La lógica diabólica –esencia del cristianismo– de pecar para ser perdonado ad infinitum, le permitía a Bolívar tener una conciencia immaculada, en que disfrutaba entregando a la muerte segura a su maestro y amigo, fusilando a su mejor general mulato, envenenando a su ministro, ejecutando ahistóricamente a "auténticos" aristócratas y **asesinando a sus lugartenientes favoritos. Mas, todos estos y otros asesinatos son sólo ríos de sangre frente a la orgía oceánica** que realizó con los odiados españoles, iniciada el 24 de febrero de 1814, y denominada por él mismo "Guerra a muerte". En ella hizo ejecutar a más de un millar de españoles, con lugartenientes como Arizmendi, "el más bajo, cruel y sádico", que se dedicaba a "comerciar con sangre" y "compró vidas a peso de oro" (por estos méritos nombrado por Bolívar como Gobernador de Caracas) y con el "infame" Rafael Diego Mérida, Ministro de Justicia, "gran aconsejador de delitos", "cuyo medio hermano Díaz Casado explotaba indignamente a las víctimas haciéndoles creer que les salvaría la vida".

Recuerda Juan Vicente González, que en Caracas "desde el funesto día 12, mañana y tarde se fusilaba en la plaza pública, en las de San Pablo y la Trinidad y en el Matadero. A todas horas aquellos banquillos, bañados en sangre, rodeados de humanos restos, embriagaban a

unos, llenaban a otros de piedad, con sus pútridas exhalaciones. Por motivo de economía se asesinaba a veces con machetes y puñales". En la Guaira, "los degüellos comenzaron el 12 y continuaron algunos días. Se les sacaba en fila, dos a dos, unidos por un par de grillos, y así se les conducía entre gritos e insultos, coronado cada uno con un haz de leña, que había de consumir sus cuerpos palpitantes. Pocos lograban que se les matase a balazos, los más eran entregados a asesinos gratuitos que se ejercitaban al machete, al puñal, y que probaban a veces su fuerza arrojando sobre el cerebro del moribundo una piedra inmensa".

Agrega J.V. González en un cuadro surrealista, dantesco, apocalíptico que "Sobre aquel anfiteatro corrían locas de placer, vestidas de blanco, engalanadas con cintas azules y amarillas, ninfas del suplicio, que sobre la sangre y los sucios despojos, bailaban el inmundo palito" (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo I, pp. 445, 446).

Muchos grandes personajes de la historia universal de los de arriba –se sentirán incómodos por no haber podido gozar, deleitarse como el Libertador– de esta macabra orgía de sangre "humana", unos, por haber nacido antes de 1814, v.gr. Nerón, Calígula, Heliogábalo, etc., o después de este siniestro año: Duvalier, Somoza, Stroessner, Pinochet, Bordaberry, Videla, Castelo Branco, Alan García Pérez, Carlos Andrés Pérez, Fujimori, etc.

El Gran –Grandioso– Libertador, el 8 de febrero de 1814 dio la autoritaria y despótica orden –era su estilo personal– "para que se fusilase a todos los prisioneros españoles sin excepción, ya en las bóvedas o hasta en los hospitales. Perekieron entonces ochocientas víctimas en Caracas y en la Guaira, fusiladas por Arizmendi, y bastante más fusiladas por Bolívar en Valencia los días 14, 15 y 16 de febrero" (Ibid., p. 444).

El Gran Héroe, padre, padre putativo y padrino de cinco Repúblicas, era tan valiente que su hobby era asesinar por la espalda –por medidas de seguridad y por razones de táctica y estrategia castrenses. En su particularísima tesitura, "era bravo hasta la temeridad y cobarde hasta el

pánico. Y en cuanto a perseguir con la pistola a los desgraciados fugitivos, también cuadra con su pasión por la guerra a muerte".

Dice Hippiusley que "Bolívar aprueba completamente la matanza de prisioneros después de la batalla y durante la retirada –(como los chilenos en la Guerra del Guano y del Salitre de 1879)– y ha consentido en ser testigo personal de estas escenas infames de carnicería" (Ibid., p. 541).

Pero cuando el gran edificio que construyó triseccionando dolosamente al pueblo peruano en Ecuador, Perú, Alto Perú (Bolivia), comenzó a tambalear, tuvo que salir fugando del Perú hacia el norte, porque la Gran Colombia ardía por los cuatro costados. Allí, los cuervos que había criado, corrompido, degenerado y prostituido pretendían alzar el vuelo hacia las estrellas bajo las egregias, insignes y magistrales lecciones bolivarianas: gloria, poder y sexo. Salió fugado para felicidad del Perú, pues entre el 1 de setiembre de 1823 y el 3 de setiembre de 1826, poco aportó y más bien se dedicó a la buena comida, bebida, sexo y a usufructuar 500 000 pesos empleados en gastos personales, joyas, etc., amén de los dos millones del empréstito inglés (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo II, p. 377).

Y las cabezas visibles de los generalotes Páez, Santander, Flores, y sus correspondientes camarillas de oficiales lumpen decidieron deshacerse del Gran Maestro, generando disturbio tras disturbio, trifulca tras trifulca, para heredar parte del imperio en que el dictador pensaba reinar sempiternamente (revisar su famosísima Constitución de 1826 para el Alto Perú-Bolívar-Bolivia). Y es en ese escenario que el Libertador, luego de que casi lo asesinan el 25 de setiembre de 1828, recordó sus clases magistrales asimiladas por sus criaturas infernales: "Yo no puedo vivir entre asesinos y facciosos; yo no puedo ser honrado entre semejante canalla, y no puedo gozar del reposo en medio de las alarmas" (Masur, G., op. cit., p. 571). Había alimentado cuervos que no sólo le iban a sacar los ojos sino todas sus napoleónicas entrañas. Bolívar, modelo perfecto de simulador pretendía olvidar que esos cuervos que procreó

en el averno del oportunismo más abyecto, tenían muy presentes sus palabras. En la carta que el Dictador dirige desde San José de Cúcuta al General Páez, dice: "Conmigo ha vencido usted; conmigo ha tenido Ud. gloria y fortuna; y conmigo debe Ud. esperarlo todo. Por el contrario, contra mí el general Castillo se perdió, contra mí el General Piar, se perdió; contra mí el General Mariño, se perdió; contra mí el General Riva Agüero, se perdió y contra mí se perdió el General Torre Tagle. Parece que la Providencia condena a la perdición a mis enemigos personales, sean americanos o españoles; y vea ud. hasta dónde se han elevado los generales Sucre, Santander y Santa Cruz" (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo II, p. 353).

Los parámetros del bien y del mal están subordinados a su interés personal de su mayor poder, mayor gloria y mayor sexo. Para Su Excelencia, Jefe Supremo, su obsesión patológica era el Perú. Tanto él como los peruanos se percibían como el verdugo y la víctima. Siempre para el Libertador –despierto o dormido– en su ser, pensar y actuar, el leit motiv era trozar y destrozarse el Perú. Para esto, Sucre sirvió de verdugillo servil.

IV. La unidad de América Latina y el antiimperialismo

Conceptuamos que los documentos fundamentales para tratar de entender realmente el pensamiento político de Bolívar son la Carta de Jamaica de 1815 y la Constitución que redactó para Bolivia en 1826, y que pensaba imponer en su proyectado futuro imperio. A través del primer documento visualizamos que el Libertador sabía exactamente como cada Virreinato y cada Capitanía General tenía que dar lugar a los futuros países sudamericanos.

En esa perspectiva lo prioritario era asegurar la permanencia del Virreinato de Nueva Granada, con la indisoluble unidad de Venezuela y Colombia, pero había que anexarle Quito-Guayaquil (Ecuador). La principal y única víctima de la geopolítica expansionista tenía que ser el Perú, al que se refería despectivamente

como "oro y esclavos". Para esto lo despojó del Ecuador y fabricó Bolivia con el Alto Perú.

Esta era la unidad de América Latina, agigantar la Gran Colombia y triseccionar al Perú. Este ha tenido históricamente tres seccionadores: 1.- Los Borbones, que crearon en 1739 el Virreinato de Nueva Granada y en 1776 el Virreinato del Río de la Plata (Konetzke, R. *América Latina II. La época colonial*, p. 120). 2.- Bolívar, quien sacó de la manga Ecuador y Bolivia (Basadre dice: "El precio de la intervención colombiana en la guerra de la Independencia fue la separación del Alto Perú, la pérdida de Guayaquil, la guerra de 1829" (Basadre, J., op. cit., Tomo I, pp. 63-73). 3.- Chile, que gracias a la Guerra del Guano y Salitre, apadrinada por Inglaterra se apropió vandálicamente de un cuarto de millón de kilómetros cuadrados, doscientos mil kilómetros cuadrados pertenecientes a Bolivia (Provincia de Antofagasta) y cincuenta mil del Perú (Provincia de Tarapacá); y se transmutó de país mendigo en país rico con el guano, salitre, cobre (Chuquicamata) y territorios del Perú y Bolivia-Alto Perú (Ramírez, N.H., *Historia del imperialismo en Chile*, pp. 99-165). Durante la guerra de las Malvinas, Chile actuó de base inglesa, para bombardear tropas argentinas.

La unidad de América Latina en la proyección del Libertador jamás podía darse porque en sus orígenes hubo bases artificiales, según los bastardos intereses geopolíticos bolivarianos. Los propios cuervos que instruyó en el arte del latrocinio, del homicidio y del genocidio fueron los primeros en trizar la Gran Colombia. En sus estertores, Bolívar asistió a la trisección de la Gran Colombia –la tragedia del Perú se repitió como una grotesca farsa– y al asesinato del instrumento que trozó al Perú, Sucre. Ese fue el precio de su infamia contra el Perú. La clase dominante peruana recién reaccionó cuando pretendió anexarse su antigua posesión, Ecuador (La Mar, 1829); y luego en su incursión a otra antiquísima posesión, Bolivia (Gamarra). Reacciones demasiado tardías, porque el Libertador había ya despertado los intereses de las clases terratenientes comerciantes, de Ecuador y Bolivia.

En consecuencia las bases de la construcción de los países bolivarianos estaban sobre la arena movediza y resbaladiza de la hegemonía geopolítica grancolombiana en detrimento total del Perú. Las clases dominantes de este país así como lo adularon servilmente entre 1823-1826, lo odiaron desde el mismo momento que pisó tierra peruana –porque los recuerdos de la anexión de Guayaquil utilizando pérfidamente las tropas peruanas dirigidas por Santa Cruz, estaban frescos y flotando en el ambiente y presentían los peruanos una probable anexión de su territorio tan apetecido por todos a la Gran Colombia. Y no es casual que entre la huidiza salida del monárquico San Martín y la entrada del autócrata Libertador y Dictador transcurriera un año, 1822-1823. Bolívar y la clase dominante peruana sabían que jamás podrían entenderse, porque Bolívar ya estaba trozando y destrozando el Perú; y la oligarquía peruana no podía soportar su holocausto.

La clase dominante peruana le tenía terror a Bolívar y a sus seis mil legionarios grancolombianos que eran como langostas antropofágicas. Pero, ante la ineptitud de San Martín y la anarquía fomentada en el Perú ex profesamente por Bolívar, tuvo que ceder ante este ilustre depredador (Madariaga, S. de, op. cit., Tomo II, p. 232). En síntesis, entre los generales lumpen que se repartieron la Gran Colombia (Páez en Venezuela, Santander en Colombia y Flores en el Ecuador) y la clase de terratenientes comerciantes del Perú y del Alto Perú liquidaron toda ilusión de unidad de América Latina.

Según el segundo documento –la Constitución de Bolivia de 1826– el Libertador pretendía ser un rey sin corona, simplemente quería la nimiedad de ser Presidente Vitalicio y otorgar a su secuaz Sucre, la vicepresidencia vitalicia.

Nunca ha existido un documento constitucional en América Latina tan reaccionario, tan retrógrado, tan cavernario, etc., en suma, ultraconservador, fascista. En esencia el Libertador era un monárquico disfrazado de republicano debido a todas las presiones existentes en el espacio andino.

La democracia por un lado y la unidad de América Latina por el otro eran con Bolívar y son con las burguesías antinacionales y proimperialistas actuales, simples y etéreas cortinas de humo para enterrar la verdadera, la auténtica independencia, que deben darse en las próximas décadas, liquidando las sociedades que posibilitaron ayer tipos como Bolívar y hoy carroña como Carlos Andrés Pérez, Alan García Pérez, Collor de Melo, Menem, Fujimori, etc...

El mito bolivariano debe dar paso a la verdad.

Y la verdad es que los paradigmas y modelos revolucionarios de América Latina fueron: el gran Túpac Amaru, Hidalgo, Morelos, Artigas, entre los verdaderos defensores del pueblo.

Los otros: Bolívar, San Martín, se constituyeron en defensores de las clases dominantes, coincidiendo con Iturbide.

A tal punto la posición de Bolívar constituye un mito, que San Martín lo describe magistralmente, a la vez que sufre una profunda desilusión. Según un bolivariano: "Halló en Bolívar extraordinaria superficialidad e inconsistencia de principios y una vanidad pueril. Vio a un hombre cuya voluntad de poder era la pasión dominante" (Masur, G., op. cit., p. 405; Lynch, J., op. cit., p. 183).

El antimperialismo bolivariano se reducía a convertir a los países del área andina en Protectorados de la primera potencia mundial en el siglo pasado (Masur, G., op. cit., pp. 479, 486, 490, 554; Madariaga, S. de, op. cit., Tomo I, p. 523; Tomo II, pp. 312, 345, 448, 453). Este es todo el pregonado antimperialismo de Bolívar. Tal era su odio a los negros, indios, mulatos, a la "pardocracia", etc. y tal era su desconfianza patológica –nunca confió en nada ni nadie–, que su única esperanza era Inglaterra. Si su modelo a imitar era Napoleón (Masur, G., op. cit., 475); Inglaterra era su obsesión paradigmática como sociedad. Sus causas más profundas residían en que adoraba a Napoleón y a la monarquía inglesa. Conjugaba la pose de payaso de Napoleón con la soterrada pose aristocrática inglesa. Las especulaciones en torno al Congreso de

Panamá (1826) y a la Federación de los Andes se constituyeron en puras posturas histriónicas –como su papel en la vida–. La Federación se frustró por las causas señaladas anteriormente y el Congreso de Panamá, recibió el siguiente juicio, en otra carta a Páez: "El Congreso de Panamá no es otra cosa que aquel loco griego que pretendía dirigir desde una roca los buques que navegaban. Su poder será una sombra y sus decretos meros consejos" (Basadre, J., op. cit, p. 74; Madariaga, S. de, op. cit., Tomo II, p. 349; Masur, G., op. cit., p. 492). Dice Basadre "Las sesiones de Panamá terminaron siendo envueltas en la indiferencia y en el silencio" (p. 74).

En síntesis, en la perspectiva de los siglos la vida de Morelos fue una tragedia y la vida de Bolívar una farsa de principio a fin.

Es necesario, prioritario, urgente, trascendente, que los auténticos mexicanos –no malinchistas– tomen conciencia real de que Morelos fue un revolucionario y Bolívar un oportunista.

BIBLIOGRAFÍA

Alamán, L. (1985). *Historia de México*. 5 tomos. México: Fondo de Cultura Económica.

Basadre, J. (1983). *Historia de la República del Perú*. 10 tomos. Lima: Universitaria.

Blanco, J.F. y Azpurúa, R. (1978). *Documentos para la Historia de la Vida Pública del Libertador*. 15 tomos. Caracas: Presidencia de la República.

Gortari, E. de (s.f.). *Reflexiones históricas y filosóficas de México*.

Herrejón, P.C. (1985). *Morelos Antología Documental*. México: SEP.

Konetzke, R. (1988). *América Latina. II. La Época Colonial*. México: Siglo XXI.

Lynch, L. (1989). *Las revoluciones hispanoamericanas 1808-1826*. Barcelona: Ariel.

Madariaga, S. de (1975). *Bolívar*. 2 tomos. Buenos Aires: Sudamericana.

Masur, G. (1987). *Simón Bolívar*. Caracas: Grijalbo.

Ramírez, N.H. (1966). *Historia del imperialismo en Chile*. La Habana: Revolucionaria.

Silva, H.J. (1980). *De la Historia de México 1810-1938*. México: Siglo XXI.

